

Ciclos económicos de origen político: la visión heterodoxa de Kalecki

Pablo de Carlos Villamarín

*Dpto. de Fundamentos da Análise Económica e Historia e Institucións Económicas
Universidade de Vigo*

RESUMEN

La ponencia tiene como objetivo presentar la teoría del ciclo económico de origen político que el economista Michal Kalecki desarrolla en su artículo de 1.943, "Political aspects of full employment", como alternativa heterodoxa al enfoque ortodoxo del análisis de la interdependencia político-económica. Aunque algunos autores citan la aportación de Kalecki como pionera de los modelos oportunistas de ciclos económicos de origen político surgidos en el seno de la Teoría de la Elección Pública, ambos enfoques descansan sobre concepciones del capitalismo, en particular de las relaciones de producción y del papel que juega el Estado en dicho sistema, substancialmente diferentes. En el presente trabajo, no sólo presentamos y analizamos los rasgos básicos que caracterizan las tesis ortodoxas y, sobre todo, la contribución kaleckiana, sino que también exploramos la relación que mantiene cada una de ellas con los planteamientos neoliberales en materia de política económica predominantes en las últimas décadas.

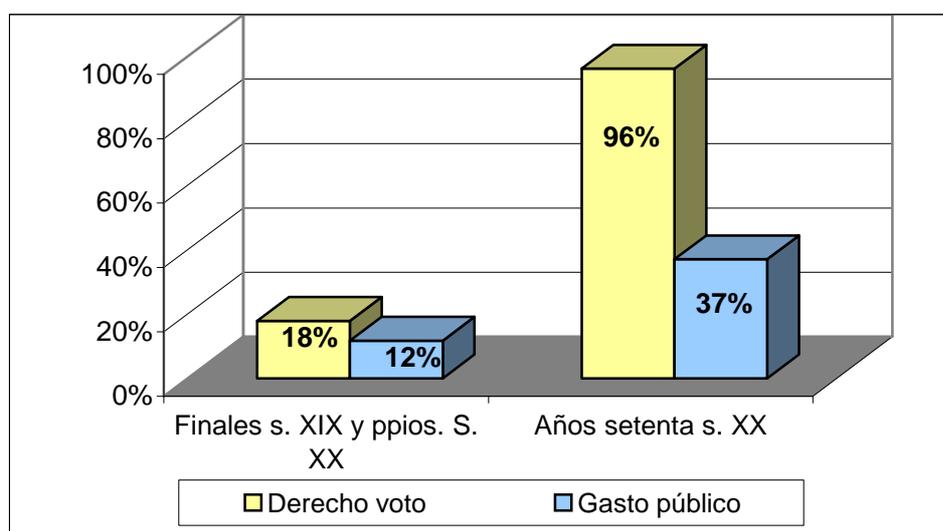
Palabras clave: *ciclo económico de origen político de Kalecki, análisis neoclásico de la interdependencia político-económica, Teoría de la Elección Pública, políticas neoliberales.*

1. INTRODUCCIÓN.

Los últimos ciento ochenta años de desarrollo capitalista han estado caracterizados, entre otros, por dos fenómenos que han tenido una indudable trascendencia: la extensión del derecho al voto y la intensificación, cuantitativa y cualitativa, de la presencia del Estado en la vida económica. En un principio, el Estado liberal, expresión política de la consolidación de la posición hegemónica alcanzada por la burguesía a lo largo de los siglos XVII y XVIII, se formula en el ámbito teórico como un Estado de derecho frente al Estado absoluto que le precede, pero también como Estado *mínimo* que no debe interferir en los asuntos privados.

No obstante, a la vez que el sistema de democracia parlamentaria, basado en el reconocimiento del sufragio universal, se ha ido consolidando como forma fundamental de organización política del Estado en los países industrializados, el denominado Estado del Bienestar se ha convertido en un elemento clave de la organización de la actividad económica de estos países. No parece muy arriesgado sostener que ambos fenómenos están sensiblemente interrelacionados. En este sentido, Maddison (1991), considera que la

progresiva extensión del derecho al voto es uno de los factores que explica la ampliación de las actividades estatales. Si en 1820, el Estado apenas atendía los denominados *compromisos tradicionales* – mantenimiento del ejército y la policía, que velaban fundamentalmente por la seguridad de los propietarios, único estamento con derecho al voto –, progresivamente asumió *compromisos modernos* – educación, sanidad, pensiones y otros gastos asistenciales. Asimismo, sobre todo después de la Segunda Guerra Mundial, se fue generalizando la utilización de instrumentos de política monetaria y fiscal con fines estabilizadores. Este proceso de intensificación de la actividad estatal en el marco de una economía basada en la iniciativa privada, que Gill (1996) considera absolutamente novedoso, corre paralelo a la extensión del derecho al voto (ver figura 1.1).



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos proporcionado por Maddison (1991, pp. 61 y 62). El derecho al voto viene representado por el porcentaje de individuos mayores de veinte años con esta potestad (promedio de once países europeos, en 1869 - 1873 y en 1972 - 1975). El gasto público es el gasto público total como porcentaje del Producto Interior Bruto (PIB) a precios actuales (promedio de seis de los principales países industrializados en 1913 y en 1973).

Figura 1.1: Evolución del derecho al voto y del gasto público en las democracias occidentales.

De este modo, se delimita un escenario en el que los Gobiernos de las democracias liberales occidentales son responsables de satisfacer una parte importante de las necesidades de una población que ha adquirido la capacidad de decidir sobre su

continuidad. De este modo, los ámbitos económico y político no permanecen ajenos el uno al otro, sino que se establece una fuerte relación de interdependencia entre ambos. En particular, un factor que puede condicionar la intervención estatal en la economía es la existencia de procesos electorales periódicos en los que los responsables del diseño de la política económica rinden cuentas ante el grueso del electorado.

Otro elemento que también contribuye a moldear la relación de interdependencia entre la economía y la política es la existencia de diferencias ideológico-partidistas entre los individuos. En particular, la orientación de la política económica puede venir influida por las preferencias ideológico-partidistas de los partidos políticos que gobiernan y de sus potenciales votantes y simpatizantes.

No obstante, cualquier análisis realista de la interdependencia político-económica, no debe olvidar que ésta no es ajena a la propia naturaleza del sistema capitalista, de tal manera que la intervención estatal, incluso aunque incorpore elementos oportunistas y/o partidistas, se ve seriamente condicionada por los imperativos de la reproducción del capital y la desigual distribución de la renta y el poder político.

Enfoques alternativos del análisis de la interdependencia político-económica.

Los economistas no han mantenido un criterio homogéneo a la hora de afrontar el análisis teórico de la interdependencia político-económica. En este sentido, la clasificación propuesta por Glombowski (1987), nos proporciona un marco de referencia válido para ubicar las distintas explicaciones. Tres son los planteamientos alternativos que distingue este autor, que se diferencian, fundamentalmente, en los supuestos que adoptan acerca de los motivos que determinan el comportamiento de los agentes públicos:

- En concreto, la **política económica cuantitativa** considera al Estado promotor del bienestar social. En este planteamiento, la función objetivo de las autoridades viene dada y no se altera ante cambios en el entorno político-económico.

- Por el contrario, el **enfoque marxista** considera al Estado protector de los capitalistas – papel *necesario* en el sistema capitalista – y no presta atención a la lucha entre los partidos políticos o a las motivaciones individuales de los agentes.
- Por último, el **enfoque neoclásico** pone énfasis en las motivaciones particulares de votantes, políticos y burócratas y asume que los cambios que se producen en la situación económica pueden alterar las elecciones políticas.

En este trabajo vamos a ocuparnos de los modelos de ciclos económicos de origen político del enfoque neoclásico de la interdependencia político-económica, mayoritariamente vinculados a la vertiente positiva de la Teoría de la Elección Pública, y de una aportación situada en la órbita del planteamiento de inspiración marxista como es la tesis kaleckiana del ciclo económico de origen político. No obstante, vamos a comenzar comentando, aunque sea de forma tangencial, algunas cuestiones relativas al intervencionismo activo de inspiración keynesiana, contexto en el que se desarrolla una concepción del Estado como promotor del bienestar social que los dos enfoques mencionados rechazan.

El intervencionismo de inspiración keynesiano y la política económica cuantitativa.

El planteamiento dominante en materia de política económica durante buena parte de la segunda mitad del siglo XX es aquél que defiende la intervención activa del Gobierno en la economía. En el terreno político, dicho planteamiento ha venido avalado por los partidos de corte socialdemócrata, aunque puede hablarse de la existencia, tras la Segunda Guerra Mundial, de un apreciable consenso entre la mayor parte de formaciones políticas, en particular entre socialdemócratas y liberales. En el despegue de esta posición intervencionista tuvo mucho que ver el respaldo teórico proporcionado en 1936 por la *Teoría General de la ocupación, el interés y el dinero* de Keynes.

El nivel de la demanda efectiva, compuesta por los gastos de consumo e inversión, es el que determina el volumen de actividad y empleo según el nuevo planteamiento de la

Teoría General. En opinión de Keynes, los problemas económicos que perturbaban el correcto funcionamiento del sistema durante la Gran Depresión obedecían, precisamente, a que la demanda efectiva era insuficiente, por lo que eran necesarias actuaciones públicas que estimularan dicha demanda con el objetivo de alcanzar el pleno empleo.

Independientemente de la mayor o menor fidelidad guardada a las tesis originales de Keynes, el denominado enfoque keynesiano que se desarrolla al amparo de la *Teoría General* postula la necesidad de que el Estado desempeñe un papel activo en los asuntos económicos. Uno de los referentes teóricos básicos de las ideas keynesianas en materia de política económica es la política económica cuantitativa o teoría de la política económica, que fue impulsada definitivamente por Tinbergen (1952). Sachs y Larraín (1993) resaltan el carácter normativo de este enfoque, que establece los pasos que deben seguir las autoridades económicas para diseñar una política económica óptima. Para ello, se representa la economía a través de un sistema de ecuaciones que relacionan instrumentos y objetivos y que conforman un modelo estructural. Evidentemente, se reconoce la efectividad de la política económica, cuyo único objetivo es maximizar el bienestar social. No en vano, el propio Keynes confiaba en que la dirección de la actuación estatal estaría en manos de élites cualificadas – “hombres sabios de buena voluntad”, como los denomina Mattick (1969, p. 13) – guiadas por el único objetivo de promover el interés general.

En definitiva, a partir del primer tercio del siglo XX y, sobre todo, tras la Segunda Guerra Mundial se fue imponiendo, tanto en el ámbito de la teoría económica como en el de la práctica política, una concepción benevolente del papel del Estado que favorecía el intervencionismo activo. De esta manera, el análisis (macroeconómico) ortodoxo se orientó hacia lo que los Gobiernos deberían hacer y no hacia lo que realmente hacían. Se elaboraron modelos teóricos en los que la actividad económica del Gobierno se consideraba una variable exógena al sistema. La intervención estatal en economía quedó, de este modo, plenamente justificada. Sólo la incompetencia del Gobierno de turno en el manejo de los

instrumentos podría impedir alcanzar el óptimo social. Tal como resalta Cuadrado Roura (coord.) (1995), este enfoque no era el marco apropiado para el florecimiento de análisis que tuviesen en cuenta la interacción entre economía y política.

2. EL ENFOQUE NEOCLÁSICO DE LA INTERDEPENDENCIA POLÍTICO-ECONÓMICA.

Tras el triunfo de la denominada revolución keynesiana y la consiguiente generalización de la intervención estatal en la economía, surge dentro de la propia teoría económica convencional un enconado debate entre los defensores de la intervención activa del Estado en la economía y los que se oponen al activismo estatal alegando que la economía – el mercado – es perfectamente capaz de autorregularse. No obstante, las escuelas macroeconómicas, entre las que destacan el Monetarismo y la Nueva Economía Clásica, que se fueron oponiendo al intervencionismo de inspiración keynesiana no abandonaron el tratamiento del Estado como variable exógena, sino que simplemente pusieron el acento en las consecuencias desestabilizadoras o en la no-efectividad de la intervención estatal.

La verdadera ruptura metodológica dentro de la Economía convencional surge de la mano del denominado análisis neoclásico de la interdependencia político-económica, que abandona la visión benevolente del Estado propia de la teoría de la política económica para considerar explícitamente las motivaciones particulares que guían la actuación de los participantes en el juego político, convirtiendo la interacción entre la economía y la política en el objeto formal de la investigación. Desde este planteamiento, auspiciado, fundamentalmente, por la Teoría de la Elección Pública, se defiende la necesidad de construir modelos económicos que tengan en cuenta el proceso a través del que se toman las decisiones públicas, convirtiendo a las autoridades en variables endógenas.

La Teoría de la Elección Pública.

La Teoría de la Elección Pública – “Social Choice Theory”, “Political Economics”, “New Political Economy” o “Public Choice” –, echó a andar a finales de la década de los cincuenta del siglo XX, adquiriendo un peso significativo entre las corrientes críticas con los fundamentos del planteamiento keynesiano en materia de política económica. Downs (1957a), Black (1958), Arrow (1951, segunda edición ampliada de 1963) y Buchanan y Tullock (1962) destacan entre los trabajos pioneros, aunque Mueller (1976, p. 408, nota 22) reserva ese honor a Hotelling (1929), artículo en el que se anticipa el denominado teorema del votante mediano. Según Mueller (1976, p. 395), “PUBLIC CHOICE can be defined as the economic study of nonmarket decision-making, or, simply the application of economics to political science”. Si la Economía analiza las decisiones tomadas en el mercado, la Teoría de la Elección Pública analiza las decisiones tomadas en “procesos e instituciones colectivas y políticas” (Esteve Serrano, 1978, p. 247), aunque utilizando un método propio de la ciencia económica. Para ser precisos, hay que puntualizar que el método de análisis al que recurren habitualmente los teóricos de la elección pública es el desarrollado por el enfoque microeconómico neoclásico. No en vano, “the basic behavioral postulate of public choice, as for economics, is that man is an egoistic, rational, utility maximizer” (Mueller, 1976, p. 395).

La Teoría económica de la democracia de Downs.

El precursor más destacado del análisis económico de la toma de decisiones políticas es Downs (1957), quien, aplicando la teoría de la demanda neoclásica al ámbito político, desarrolla un modelo que analiza la toma de decisiones por parte del Gobierno teniendo en cuenta las motivaciones individuales de los agentes. Para ello, establece una serie de axiomas, de entre los que cabe destacar los siguientes:

- Los individuos participan en la vida política exclusivamente por motivos egoístas. En este sentido, “cada Partido político es un equipo de hombres que quieren sus puestos con objeto solamente de gozar de la renta, el prestigio y el poder que supone la dirección del aparato gubernamental” (Downs, 1957b, p. 406).
- Todos los agentes del modelo, tanto votantes como políticos, se comportan de forma racional, entendida ésta en el sentido de eficiencia. Racionalidad y egoísmo están indisolublemente unidos en el planteamiento de Downs. “Así, pues, cuando hablemos de comportamiento racional nos referiremos siempre a un comportamiento racional dirigido primordialmente a fines egoístas” (Downs, 1957a, p. 29).

A partir de estas definiciones y axiomas se desprende la hipótesis fundamental del modelo: la actuación de los políticos en democracia se orienta exclusivamente a la captura de votos no habiendo lugar, salvo como instrumento para alcanzar este objetivo prioritario, para las motivaciones partidistas.

En efecto, [el Gobierno] es un empresario que vende política a cambio de votos en vez de productos a cambio de dinero. Además debe competir para la obtención de votos con otros partidos, igual que dos o más oligopolistas que compiten para vender en un mercado. El que tal Gobierno maximice o no el bienestar social (suponiendo que este proceso sea definible) depende de cómo la lucha competitiva influya sobre su comportamiento. No podemos suponer *a priori* que este comportamiento es socialmente óptimo, lo mismo que no podemos suponer *a priori* que una empresa determinada producirá los bienes socialmente óptimos Downs (1957b, p. 407).

Como vemos, este destacado pionero de la Teoría de la Elección Pública consigue trasladar al *homo economicus* a la esfera política. Downs (1957a, p. 7) es muy explícito al respecto cuando afirma que, “paralelamente al desacreditado *homo economicus*, tan vilipendiado por Veblen y otros autores, nuestro *homo politicus* es el «hombre medio» del electorado, el «ciudadano racional» de nuestra democracia modelo”. En definitiva, la toma de decisiones gubernamentales pierde el carácter neutral que le atribuyen los keynesianos para convertirse en un proceso donde imperan las ambiciones y deseos de los agentes implicados. Este planteamiento preside los modelos político-económicos desarrollados en el

seno de vertiente positiva de la Teoría de la Elección Pública y adscritos al enfoque neoclásico de la interdependencia político-económica.

Fundamentos de los modelos político-económicos.

Los trabajos de Bruno S. Frey y Friedrich Schneider nos permiten aproximarnos a las características básicas de los modelos político-económicos, mediante los que se pretende realizar un análisis formal de la interdependencia entre economía y política. La doble vertiente que caracteriza la relación entre ambas esferas constituye el pilar sobre el que se levantan estos modelos:

- Relación Economía → Votantes → Política (lado de la demanda): se supone que los votantes conceden gran importancia a la actuación económica del Gobierno a la hora de valorar su gestión, es decir, se asume la existencia del denominado voto económico.
- Relación Política → Gobierno → Economía (lado de la oferta): se supone que el Gobierno, en un contexto en el que los partidos compiten por alcanzar el poder, manipula la economía para facilitar su triunfo electoral y/o para maximizar su utilidad persiguiendo, por ejemplo, sus objetivos ideológicos.

La estructura básica de los modelos político-económicos puede representarse a través del siguiente esquema, desarrollado por Schneider y Frey (1988, p. 241):

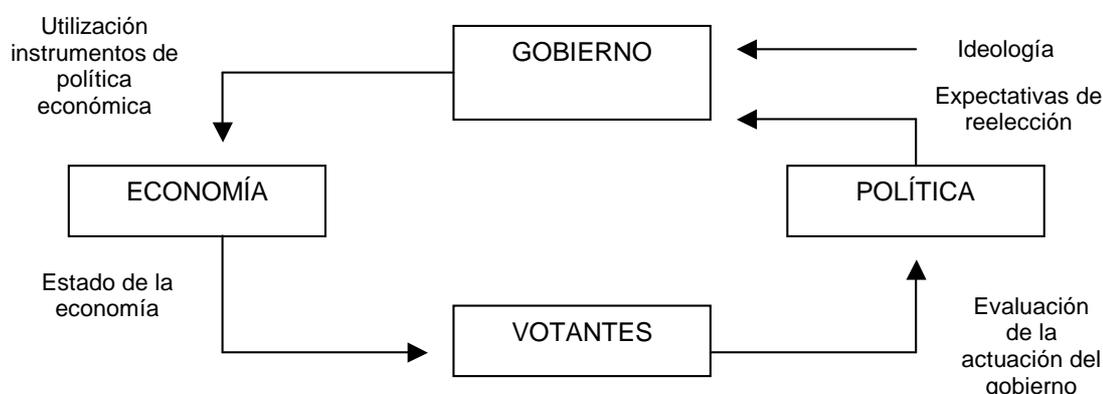


Figura 2.1: Esquema básico de la interdependencia político-económica.

Evolución del análisis teórico de los ciclos económicos de origen político.

Una buena manera de aproximarnos a los rasgos fundamentales del enfoque neoclásico de la interdependencia político-económica es revisar cómo ha ido evolucionando uno de sus principales frutos: la literatura sobre ciclos económicos de origen político.

Los modelos de ciclos económicos de origen político explican cómo un Gobierno que busca alcanzar sus propios objetivos e intereses puede generar fluctuaciones cíclicas en la economía. La actuación de los ejecutivos se enmarca en un contexto, el democrático, en el que los partidos luchan entre ellos para lograr el apoyo del electorado. En este sentido, cabe distinguir dos planteamientos básicos, que se diferencian por la hipótesis que adoptan respecto a las motivaciones que guían el comportamiento de los políticos. El primero de ellos, que los teóricos de la elección pública desarrollan inspirándose directamente en las tesis de Downs, supone que el objetivo básico de los políticos es ganar las elecciones. El segundo planteamiento, correspondiente a la teoría partidista, subraya el papel jugado por los principios ideológicos de los partidos¹.

La primera generación de modelos de ciclos económicos de origen político oportunistas y partidistas, que denominamos tradicionales o prerracionales, surge en un contexto teórico caracterizado por el dominio casi absoluto de la Macroeconomía keynesiana, de ahí que uno de los más destacados impulsores de la segunda generación de modelos oportunistas hable de “Keynesian political business cycle model” (Rogoff, 1990, p. 33). No debe extrañar, por tanto, que estos modelos se basen en la posibilidad de que las autoridades exploten el compromiso inflación-desempleo en presencia de agentes dotados de expectativas adaptativas.

¹ No obstante, también han surgido aportaciones que, de forma ecléctica, han integrado ambas hipótesis, destacando el planteamiento *satisfactorio*, que a partir del marco teórico elaborado por Frey y Lau (1968), desemboca en el denominado análisis politométrico de la interdependencia político-económica impulsado por Frey y Schneider (1978), basado en la estimación econométrica de las funciones de evaluación (lado de la demanda) y reacción política (lado de la oferta).

En particular, los modelos oportunistas o electorales de ciclos económicos de origen político tradicionales, cuyo más significativo representante es Nordhaus (1975), aunque también cabe destacar el trabajo de MacRae (1977), demuestran cómo la actuación de un Gobierno preocupado exclusivamente por su reelección se plasma, dado el carácter miope de los votantes, en un ciclo económico electoral en el que el desempleo alcanza su nivel más bajo en el momento de las elecciones, para después aumentar cuando el nuevo ejecutivo pisa el freno con el fin de controlar, fundamentalmente, las tensiones inflacionistas. Resulta evidente que nos encontramos ante un importante punto de ruptura respecto al planteamiento keynesiano en materia de política económica. “The fact that the government may find it advantageous to actively produce a business cycle stands in sharp contrast to the “Keynesian” notion of a benevolent government which as a matter of course has an interest in economic stabilization” (Schneider y Frey, 1988, pp. 256 - 257).

Por su parte, el enfoque partidista tradicional de Hibbs (1977), que no se plasma en un modelo formal, sostiene que el comportamiento de las variables macroeconómicas difiere según el signo del partido en el poder, de tal modo que los ejecutivos de izquierdas presentan a lo largo de todo el mandato una tasa de desempleo más baja y una tasa de inflación más elevada que los ejecutivos de derechas. De este modo, los cambios en el signo del partido en el poder generan fluctuaciones de dichas variables macroeconómicas, que afectan al reparto de la renta entre los distintos grupos ocupacionales.

Aunque son los monetaristas quienes comienzan los ataques a la curva de Phillips, el panorama sufre un vuelco radical a mitad de los años setenta de la mano de la Nueva Economía Clásica y su hipótesis de expectativas racionales. Según la nueva doctrina, la economía tiende a la tasa natural de desempleo sin necesidad de recurrir a la aplicación de políticas de estabilización que, en cualquier caso, no son efectivas. De esta manera, la validez del edificio teórico en el que se fundamenta la primera generación de modelos de ciclos económicos de origen político queda en entredicho.

En la segunda mitad de los ochenta, los teóricos reaccionan introduciendo las expectativas racionales en la literatura sobre ciclos económicos de origen político. Por consiguiente, en esta segunda generación de modelos, que denominamos racionales, sólo las variaciones imprevistas de la política económica generan efectos reales a corto plazo que afectan, fundamentalmente, a los instrumentos de política económica. Cabe resaltar que estos modelos racionales de ciclos económicos de origen político se pueden encuadrar en lo que Persson y Tabellini (1990) consideran un nuevo enfoque dentro del análisis teórico de la política económica, basado en la premisa de que el Gobierno no responde a órdenes sino a incentivos que restringen su actuación. Dentro de este planteamiento, resulta fundamental precisar los objetivos y restricciones que definen el problema optimizador del Gobierno. De esta manera, el análisis del proceso de formación de la política pasa a un primer plano, abriendo la puerta a la utilización de la teoría de juegos y del análisis microeconómico de la incertidumbre y la información imperfecta. No en vano, Waller (1989) considera que los modelos racionales de ciclos económicos de origen político son un subproducto de los denominados “monetary policy games”. En este sentido, las elecciones incorporan, por un lado, nuevas restricciones de incentivo al Gobierno ya que sus políticas se ven influidas por el deseo de ser reelegido y pueden, por otro lado, provocar cambios en el signo del Gobierno por lo que generan incertidumbre con respecto a las políticas futuras. Estas dos ideas constituyen el fundamento de los modelos oportunistas y partidistas, respectivamente, de ciclos económicos de origen político en su vertiente racional.

Los modelos oportunistas racionales se erigen sobre dos elementos teóricos fundamentales, la noción de competencia del Gobierno y la hipótesis de información asimétrica, que permiten delimitar un escenario presidido por la incertidumbre para cuyo análisis se utilizan algunas de las más modernas técnicas desarrolladas en el seno de la teoría microeconómica. En particular, es la existencia de asimetrías de información entre votantes y Gobierno, lo que posibilita, tanto en el modelo de competencia con curva de

Phillips de Persson y Tabellini (1990) como en los modelos de ciclos presupuestarios – “political budget cycles” – de Rogoff y Sibert (1988) y Rogoff (1990), la efectividad de la política económica. Como el Gobierno conoce su nivel de competencia antes que los votantes tiene el incentivo de comportarse de forma oportunista para señalar su competencia durante el año electoral.

En cuanto a los modelos partidistas racionales, el planteamiento que, de la mano de Alberto Alesina (Alesina (1987, 1988) y Alesina y Rosenthal (1995)), se ha convertido en la referencia fundamental dentro de esta rama del análisis de los ciclos económicos de origen político, se sirve de los modelos de contrato salarial desarrollados por la Nueva Macroeconomía Keynesiana, corriente que pretende mejorar los fundamentos microeconómicos de los modelos keynesianos, para introducir rigideces que posibilitan la efectividad de la política económica. En este contexto, la incertidumbre acerca del resultado de las elecciones, que impide que los agentes realicen un pronóstico exacto de la tasa de inflación tras los comicios, da pie a la existencia de efectos partidistas transitorios sobre las variables macroeconómicas, que son más intensos cuanto mayor es la sorpresa electoral.

Cabe resaltar que el planteamiento que preside los modelos racionales de ciclos económicos de origen político, en el que se hace hincapié en las distorsiones económicas generadas por la actuación de las autoridades encargadas de gestionar la política económica, ha tenido su lógica continuidad en el análisis de las reformas institucionales necesarias para corregir, modificando los incentivos y las restricciones a los que se enfrentan las autoridades, dicha influencia negativa de la política económica. En particular, en el ámbito de la política monetaria, ha cobrado especial relevancia el análisis de la capacidad de los Bancos Centrales independientes para corregir las disfunciones macroeconómicas provocadas por las actuaciones oportunistas y/o partidistas de los Gobiernos, en lo que Lohmann (1998, p. 1) denomina “the POLITICAL vulnerability of the money supply in a democracy”.

3. EL CICLO ECONÓMICO DE ORIGEN POLÍTICO DE KALECKI.

El denominado por Glombowski enfoque marxista de la interdependencia político-económica se inscribe dentro del pensamiento económico heterodoxo o radical, en el que se incluyen diversas corrientes con características diferenciales, pero que "... comparten un talante crítico con respecto a la "teoría" y la "realidad" económica dominantes" (Barceló, 1998, p. 16). Aunque coincide con el enfoque neoclásico en su rechazo de la visión keynesiana benevolente del Estado, el enfoque marxista no se ocupa de la lucha entre los partidos políticos o de las motivaciones individuales de los agentes, aspectos básicos de aquél, sino que pone el acento en el rol que desempeña el Estado a la hora de proteger los intereses de los capitalistas.

En este apartado nos centramos en la tesis del ciclo económico de origen político desarrollada por Michal Kalecki en su artículo de 1.943, ya que, entre otras cosas, creemos que recoge perfectamente la filosofía que preside el enfoque marxista. De todas formas, vamos a empezar apuntando algunos aspectos acerca de la postura heterodoxa respecto al intervencionismo keynesiano.

Visión heterodoxa del intervencionismo activo.

Desde una perspectiva marxista, las crisis económicas son necesarias para mantener la acumulación capitalista, ya que producen la desvalorización y reestructuración del capital, permitiendo de esta manera que la rentabilidad se recupere. No obstante, el elevado desempleo que trajo consigo la Gran Depresión de los años treinta generó tensiones sociales de una virulencia tal que se impuso la necesidad de mitigar la crisis, para lo que los capitalistas aceptaron la intervención estatal, fundamentalmente dirigida a estimular la actividad y el empleo. Es decir, según este planteamiento "... eran los intereses materiales del capitalismo, agobiado por el paro masivo, una gran conflictividad social y una crisis

profunda, los que permitieron el triunfo de las ideas keynesianas. Estas solamente fueron el vehículo ideológico de un cambio consciente en las prioridades de la burguesía” (Albarracín, 1991, p. 167). Desde esta perspectiva heterodoxa, la intervención estatal y, en particular, el Estado del Bienestar, son instrumentos necesarios para encauzar las reivindicaciones obreras y aliviar las tensiones sociales que amenazan la supervivencia del capitalismo.

De hecho, algunos autores heterodoxos consideran que el enfoque macroeconómico que bajo la denominación de keynesiano dominó el panorama académico y político durante buena parte de la segunda mitad del siglo XX, y cuya máxima expresión teórica es la síntesis neoclásica que tuvo su origen en el famoso artículo publicado en 1937 por Hicks, es una adulteración de las ideas originales de Keynes, desviación que Joan Robinson denomina *keynesianismo bastardo*. En este sentido, Gill (1996) sostiene que la introducción de la problemática asociada a la curva de Phillips, que tuvo como consecuencia que la política keynesiana abandonara el objetivo del pleno empleo en favor del compromiso entre desempleo e inflación, fue una forma de completar la síntesis neoclásica.

Kalecki, quien en opinión de diversos autores, en su mayoría heterodoxos, anticipó las tesis expuestas en la propia *Teoría General* de Keynes, fue perfectamente consciente de los obstáculos que los capitalistas pondrían a una política económica activa orientada a la consecución y mantenimiento del pleno empleo. En el artículo de 1943², Kalecki plasmó esta inquietud en su teoría del ciclo económico de origen político, que Barceló (1998) considera un “precedente importante” de la teoría institucionalista de la distribución, que pone énfasis en la negociación colectiva y en la lucha de los distintos grupos por defender sus intereses.

² Este artículo fue revisado por su autor en los años sesenta, incluyéndose dicha revisión en Kalecki (1971). Kalecki simplemente suprimió algunos párrafos del original que no afectan en absoluto a lo esencial de su tesis del ciclo económico de origen político.

Oposición capitalista al pleno empleo: exposición del ciclo económico de origen político de Kalecki.

Kalecki desarrolla su idea del ciclo económico de origen político en el contexto de su visión, en gran medida reduccionista, de la relación entre el Estado y el poder económico³. Kalecki comienza el artículo exponiendo brevemente la doctrina económica del pleno empleo: la intervención activa del Gobierno, a través de la inversión pública y los subsidios al consumo, y financiada mediante endeudamiento, puede hacer que las economías capitalistas alcancen el pleno empleo. Además, esta política no lleva aparejados los efectos secundarios negativos sobre la inversión privada o sobre la estabilidad de los precios que pronostican muchos autores.

Sin embargo, Kalecki considera que el movimiento opositor que, a través de argumentos económicos, censura la intervención pública que trata de lograr el pleno empleo, tiene un evidente trasfondo político. No en vano, "among the opposers of this doctrine there were (and still are) prominent so called "economic experts" closely connected with banking and industry" (Kalecki, 1943, p. 324). Evidentemente, hay que preguntarse por los motivos que llevan a los capitalistas – "business leaders", "captains of industry", "entrepreneurs" – a oponerse a una intervención pública que también trae consecuencias económicas positivas para ellos, como puede ser el incremento de los beneficios. Kalecki expone tres argumentos:

1. Oposición a la intervención pública en el problema del desempleo: dicha intervención rompe el nexo establecido entre el nivel de empleo y el estado de confianza. Esta relación había permitido crear a los capitalistas una barrera contra la intromisión estatal, argumentando que ésta podía socavar el estado de confianza y, por tanto, conducir a

³ Friedrich Engels sintetiza perfectamente esta visión reduccionista: "Como el Estado nació de la necesidad de refrenar los antagonismos de clase, y como, al mismo tiempo, nació en medio del conflicto de esas clases, es, por regla general, el estado de la clase más poderosa, de la clase económicamente dominante, que, con ayuda de él, se convierte también en la clase políticamente dominante, adquiriendo con ello nuevos medios para la represión y la explotación de la clase oprimida. Así, ... el moderno Estado representativo es el instrumento de que se sirve el capital para explotar el trabajo asalariado." (Engels, 1884, p. 175).

una caída de la actividad y el empleo. La doctrina económica del pleno empleo vendría a derribar dicha barrera, haciendo que el gasto público acabe con el monopolio de la inversión privada y, por consiguiente, de los capitalistas, en la determinación de la renta.

2. Oposición a la forma adoptada, en particular inversión pública y subsidios al consumo, por la intervención estatal: en cuanto al primer mecanismo, aunque en un principio se trata de inversiones que no desplazan ni afectan a la iniciativa privada y, por tanto, de alcance limitado – carreteras, hospitales, etc. –, los capitalistas temen que el Gobierno acabe ampliando sus miras hasta nacionalizar determinadas actividades. Por otro lado, los capitalistas se oponen a los subsidios al consumo en virtud de sus principios *morales*. “The fundamentals of capitalist ethics require that “You shall earn your bread in sweat” – unless you happen to have private means” (Kalecki, 1943, p. 326).
3. Oposición al mantenimiento del pleno empleo: la ausencia prolongada de desempleo, aunque no tiene por qué perjudicar los resultados económicos de los empresarios sino todo lo contrario, trae consigo un aumento en el poder de negociación de los obreros y pone en entredicho la primacía absoluta de la clase capitalista. Merece la pena citar las palabras exactas de Kalecki (1943, p. 326):

..., under a regime of permanent full employment, “the sack” would cease to play its role as a disciplinary measure. The social position of the boss would be undermined and the self assurance and class consciousness of the working class would grow. Strikes for wage increases and improvements in conditions of work would create political tension. It is true that profits would be higher under a regime of full employment than they are on the average under *laissez-faire* ... But “discipline in the factories” and “political stability” are more appreciated by the business leaders than profits. Their class instinct tells them that lasting full employment is unsound from their point of view and that unemployment is an integral part of the “normal” capitalist system.

Kalecki, en sintonía con la interpretación heterodoxa del triunfo del intervencionismo antes presentada, sostiene que en la época en la que él escribe, es decir, en plena Segunda Guerra Mundial, los capitalistas tuvieron que abandonar su oposición a la intervención pública en caso de recesión. Tras los elevados niveles de empleo alcanzados durante la guerra y con el desarrollo de la propia doctrina económica del pleno empleo, la población

nunca aceptaría una vuelta a niveles significativos de paro. De hecho, los capitalistas llegaron a aceptar el recurso a la inversión pública financiada mediante endeudamiento como un complemento a las medidas tendentes a estimular la inversión privada en caso de recesión. Pero lo que no aceptaron de ningún modo son los subsidios al consumo y, sobre todo, la intervención fuera de la coyuntura recesiva. Kalecki cree que esta actitud parece conducir a las democracias capitalistas hacia el régimen del ciclo económico de origen político – “regime of the “political business cycle””. Durante las recesiones nadie se opondrá a que se estimule la actividad mediante inversión pública financiada por medio del endeudamiento. De esta manera, la economía entrará en una etapa de auge con elevados niveles de empleo. Esta situación será desfavorable para los capitalistas, que verán disminuido el control que ejercen sobre la clase obrera, pero también para los rentistas, perjudicados por el incremento de los precios propio de la coyuntura alcista. Ambos grupos presionarán para que el Gobierno abandone su política expansiva, volviendo la economía a una etapa depresiva que pondrá de nuevo en marcha el ciclo. En palabras del propio autor:

In the slump, either under the pressure of the masses, or even without it, public investment financed by borrowing will be undertaken to prevent large scale unemployment. But if attempts are made to apply this method in order to maintain the high level of employment reached in the subsequent boom a strong opposition of “business leaders” is likely to be encountered. As has already been argued, lasting full employment is not at all to their liking. The workers would “get out of hand” and the “captains of industry” would be anxious to “teach them a lesson.” Moreover, the price increase in the up-swing is to the disadvantage of small and big *rentiers* and makes them “boom tired.” In this situation a powerful block is likely to be formed between big business and the *rentier* interests, and they would probably find more than one economist to declare that the situation was manifestly unsound. The pressure of all these forces, and in particular of big business - as a rule influential in Government departments - would most probably induce the Government to return to the orthodox policy of cutting down the budget deficit. A slump would follow in which Government spending policy would come again into its own (Kalecki, 1943, pp. 329 - 330).

Un complemento marxista de la teoría de Kalecki.

Una aportación que profundiza en el enfoque marxista de la interdependencia político-económica tomando como referencia la tesis de Kalecki es Boddy y Crotty (1975), que Barceló (1998) ubica dentro de la Economía radical estadounidense. El objetivo de Boddy y

Crotty (1975, p. 1) es desarrollar, "... a class conflict theory of macroeconomic policy based upon Marx's view of the state and his theory of the dynamics of competitive capitalism". Según Marx, las fluctuaciones económicas son el resultado de la propia dinámica de acumulación continua del capital, plasmada en el conflicto acerca de la distribución de la renta entre salarios y beneficios. Las épocas de auge llevan aparejadas una contracción del ejército de reserva de desempleados que refuerza el poder negociador de los trabajadores y permite que los salarios ganen terreno a los beneficios. En estas circunstancias, se necesita invertir la fase del ciclo para conseguir la recuperación de los beneficios empresariales, para lo que los capitalistas se apoyan en la actuación estatal. Es decir, el ciclo económico es condición necesaria para alcanzar el objetivo último de los capitalistas que, a su vez, se convierte en el objetivo de la política macroeconómica: la maximización de los beneficios empresariales.

Boddy y Crotty consideran que el análisis de la política macroeconómica a corto plazo y del ciclo económico desde una perspectiva de clase – "in terms of their class implications" – realizado por Kalecki, constituye una excepción dentro de la Economía radical. En su opinión, Kalecki "... became the first major economist to strike at the Keynesian notion that an understanding of the mechanics of demand stimulus on the part of state policy-makers is sufficient to guarantee full employment" (Boddy y Crotty, 1975, p. 3). No obstante, la argumentación de Kalecki difiere de la de Marx en un aspecto destacado. Apoyándose en su teoría del grado de monopolio, Kalecki admite la posibilidad de que durante el auge económico el incremento de los salarios sea contrarrestado por medio de un incremento de precios, de tal manera que los beneficios no se resientan. Boddy y Crotty, por el contrario, consideran que los beneficios sí se contraen durante los auges económicos tal como supone Marx, por lo que los capitalistas se oponen al pleno empleo duradero no sólo por temor a los cambios sociopolíticos que éste induce sino también por motivos puramente económicos. Es decir, los "capitalists have more than their class instinct to tell them that

sustained full employment is manifestly unsound. The Marxian economic effects of the business cycle reinforce the socio-political aspects stressed by Kalecki. It is for this reason that we argue in favor of a class conflict theory of macropolicy based upon the Marxian concept of cycle” (Boddy y Crotty, 1975, p. 5). Por tanto, según este planteamiento, las dimensiones sociopolíticas y económicas del conflicto de clases no son mutuamente excluyentes. Los capitalistas necesitan las recesiones para poder alcanzar la fase inicial del auge económico, en la que sus beneficios son cuantiosos, y para evitar el pleno empleo sostenido, tan perjudicial para sus intereses.

Por último, cabe resaltar que Boddy y Crotty consideran que la política macroeconómica al servicio del capital no persigue alcanzar una tasa de desempleo estable asociada a un alto nivel de beneficios, ya que los trabajadores tienen más miedo a un aumento del desempleo que a un nivel elevado del mismo. Además, una tasa de desempleo estable contribuye a segmentar la fuerza de trabajo en dos grupos: los que trabajan y los que no lo hacen. Con el paso del tiempo estos últimos van perdiendo cualificación y hábitos de trabajo, por lo que acaban virtualmente fuera del mercado laboral. Es decir, no se les puede considerar parte del ejército de reserva que intimida al grupo que sí trabaja. Además, dada la inestabilidad inherente a la economía capitalista, no es probable que el Estado sea capaz de mantener un nivel estable de actividad y empleo. Por todo ello, la política macroeconómica busca garantizar que “... the alternating pressures for expansion and contraction emanating from the private sector result in that cyclical pattern most conducive to long-run profit maximization. *The goal of macropolicy is not to eliminate the cycle but to guide it in the interests of the capitalist class*” (Boddy y Crotty, 1975, p. 10).

En definitiva, Boddy y Crotty delimitan los objetivos de la política macroeconómica de distinta manera que Kalecki. Mientras que hay coincidencia en cuanto al límite *superior* – evitar el pleno empleo duradero que aumenta peligrosamente el poder negociador de los trabajadores –, el límite *inferior* es diferente – según Kalecki, se trata de combatir el

desempleo masivo y la crisis que genera tensiones sociales insoportables, mientras que, según Boddy y Crotty, el objetivo es evitar que el ejército de reserva se establezca de forma permanente en un determinado nivel.

4. ELECCIÓN PÚBLICA, ENFOQUE MARXISTA Y POLÍTICAS NEOLIBERALES.

La exposición realizada en los apartados previos nos proporciona suficientes elementos de reflexión como para que podamos valorar algunos aspectos relacionados con el análisis de la interdependencia político-económica.

Dos formas contrapuestas de analizar la interdependencia político-económica.

En nuestra opinión, neoclásicos y marxistas aciertan cuando sostienen que si se quiere profundizar en el análisis de la interacción que en las sociedades capitalistas democráticas se establece entre la economía y la política, es necesario superar la visión benevolente keynesiana que preside los desarrollos de la política económica cuantitativa y prestar atención al entramado institucional que rodea y condiciona el proceso de toma de decisiones públicas. No obstante, el planteamiento del enfoque neoclásico auspiciado por los teóricos de la elección pública, no nos parece el camino a seguir.

En los modelos neoclásicos de interdependencia político-económica el estudio del proceso político se ha resuelto mediante la introducción y resolución de un mero problema maximizador típico del análisis microeconómico, siguiendo las pautas establecidas por Downs al trasladar al *homo economicus* neoclásico al escenario político. Esto significa que, a la hora de considerar la influencia de las instituciones sobre las elecciones de los individuos, los teóricos de la elección pública han recurrido a un método de análisis, el de la Microeconomía neoclásica, que dos representantes de esta escuela tan cualificados como Buchanan y Wagner (1977) critican, precisamente, por no tener en cuenta las instituciones.

Esta aparente paradoja puede resolverse si se tiene en cuenta que el método microeconómico confina el problema de la distribución dentro de la esfera del intercambio,

sustituyendo el análisis en términos de clases sociales por el análisis en términos de factores productivos, cuyos servicios se remuneran de acuerdo con su productividad marginal. En este planteamiento, basado en el individuo libre, no tienen cabida los factores sociopolíticos que influyen en la economía ni, por supuesto, ningún conflicto entre clases antagónicas. No en vano, se asume que el poder político está equitativamente repartido entre los individuos. En este sentido, al no considerar el desigual reparto del poder económico y su influencia sobre la actuación estatal⁴, el enfoque neoclásico exagera, en la misma medida que la política económica cuantitativa que tanto critica, el grado de autonomía del que gozan los responsables políticos. La única diferencia es que en este segundo enfoque se supone que los políticos emplean dicha autonomía para favorecer el bienestar social mientras que en el primero se supone que lo hacen para alcanzar sus objetivos electorales y/o ideológicos. Además, tal como se ha convertido en norma en el análisis macroeconómico convencional, el sesgo microeconómico de unos modelos que presentan una cada vez mayor complejidad formal se ha ido agudizando. Los modelos racionales de ciclos económicos de origen político anteriormente presentados proporcionan una buena prueba de lo que acabamos de comentar. En suma, el enfoque neoclásico de la interdependencia político-económica no sólo se ha decantado por un método de investigación que excluye cualquier referencia a la existencia del conflicto de clases, sino que, además, ha terminado por convertir la mera formalización en el objetivo fundamental del análisis, relegando a un segundo plano su objetivo declarado de explicar la realidad político-económica.

En este sentido, resulta particularmente reveladora la evolución del enfoque partidista. La propuesta original de Hibbs, aunque no considera explícitamente la influencia

⁴ Resulta muy significativo que desde la perspectiva de la elección pública las cuestiones redistributivas se consideren, tal como se puede comprobar en Riker Wilson (1976), el típico asunto en el que es muy probable que la actuación interesada de los políticos genere distorsiones económicas. Paradójicamente, Downs (1957a) sí que reconoce que el poder político está desigualmente repartido debido, fundamentalmente, a lo costoso que resulta obtener la información necesaria en un mundo caracterizado por la existencia de incertidumbre, pero también como consecuencia de la desigual distribución de la renta.

del poder económico del capital sobre la actuación del Gobierno, al contemplar aspectos como la cuestión distributiva y la heterogeneidad de los votantes se aleja de los planteamientos de la Teoría de la Elección Pública. En particular, Hibbs no asume la concepción downsiana de la ideología, según la cual ésta no es más que otro instrumento utilizado por los políticos con el fin de captar el voto de los individuos, al permitir la diferenciación ideológica que los votantes ahorren costes de información a la hora de comparar las políticas de los partidos. Éstos orientan su actuación de acuerdo con unas determinadas preferencias partidistas buscando favorecer a los grupos de renta más afines, sin preocuparse en absoluto por la suerte que puedan correr en las elecciones.

Por el contrario, los modelos partidistas racionales constituyen, en nuestra opinión, una asimilación por parte de la Teoría de la Elección Pública del enfoque partidista original de Hibbs. Mientras éste ni siquiera desarrolla un modelo formal, la Teoría partidista racional, recurriendo al mismo instrumental analítico neoclásico que los modelos político-económicos desarrollados en el seno de la Teoría de la Elección Pública, deduce su ciclo partidista a partir de la resolución del típico problema maximizador, que puede ser planteado en el contexto de un juego. De esta manera, el conflicto acerca de la distribución de la renta se diluye, oscurecido por el desarrollo formal de los modelos. Además, esta vertiente racional, sin llegar a asumir explícitamente la concepción downsiana de la ideología, interpreta las fluctuaciones partidistas como distorsiones introducidas en el sistema económico por la actuación interesada de los políticos, aportando nuevos argumentos en contra de la discrecionalidad en el manejo de la política económica y a favor de las reglas. No en vano, la literatura que analiza el papel estabilizador que puede jugar un Banco Central independiente recurre al modelo partidista racional para explicar la volatilidad económica a la que se enfrenta la institución monetaria.

La principal virtud del enfoque marxista o heterodoxo es la de reconocer, poniendo en evidencia el limitado alcance de los planteamientos de la Teoría de la Elección Pública, que

la actuación estatal se desarrolla en el marco de un modo de producción, como es el capitalista, en el que las necesidades de la reproducción del capital son prioritarias. De ahí que la interdependencia político-económica se ubique en un escenario presidido por el conflicto de clases y por la supeditación o, cuando menos, limitación de la autonomía de los poderes públicos por parte de los poderes económicos. Este planteamiento es evidente en el trabajo de Kalecki, en el que el Gobierno que origina el ciclo económico de origen político no actúa de forma independiente – no tiene objetivos propios – sino que es un mero instrumento en manos de las partes en conflicto, sobre todo del bloque capitalistas-rentistas.

Diversos autores consideran que la aportación de Kalecki es pionera del tipo de análisis de la interdependencia político-económica preconizado por el enfoque neoclásico e incluso algunos, como Mancha Navarro (1993) y Cuadrado Roura (coord.) (1995), ven en ella un antecedente de la propia Teoría de la Elección Pública. No obstante, considerar la aportación de Kalecki precursora del análisis neoclásico de la interdependencia político-económica, en el que se supone que el Gobierno tiene y persigue sus propios fines, no parece correcto. Lo único que se puede admitir, en nuestra opinión, es la existencia de un cierto paralelismo entre las tesis de Kalecki y las ideas que inspiran la Teoría partidista tradicional desarrollada por Hibbs, no sólo por la importancia concedida en ambos casos a los aspectos distributivos, sino también porque los dos planteamientos incorporan un Gobierno que representa los intereses de un determinado grupo social: los capitalistas en el caso de Kalecki y el grupo de renta más afín al partido en el poder en el caso del enfoque partidista. De todos modos, siempre hay que tener presente que el Gobierno descrito por Kalecki carece de la independencia de la que goza, al menos formalmente, el Gobierno en el modelo partidista.

Sin embargo, algunos autores, erróneamente a nuestro entender, postulan la existencia de consideraciones electorales en el origen del ciclo de Kalecki, convirtiendo su aportación en un precedente directo de los modelos oportunistas de ciclos económicos de

origen político. Feiwel (1974), por ejemplo, incluye el factor electoral entre los determinantes del ciclo económico de Kalecki: el riesgo de perder las elecciones induce al Gobierno a cambiar la orientación de su política económica según la coyuntura, concentrándose en contrarrestar el mal económico más acuciante del momento, lo que genera fluctuaciones cíclicas. Por su parte, Sawyer considera que, "..., one of the first expressions of the idea of 'political business cycle' (with unemployment falling prior to an election, etc.) can be found from within the radical political economy tradition in Kalecki (1943)" (Sawyer, 1989, p. 314. Subrayado nuestro). Un ejemplo reciente de esta tendencia a interpretar en términos de calendario electoral el ciclo económico de origen político de Kalecki, lo encontramos en Kiefer (2000, pp. 137 - 138), quién considera que el modelo oportunista de ciclos económicos de origen político de Nordhaus (1975) constituye "... a refinement of Kalecki's (1943) original conjecture that incumbent governments engineer booms in election years to secure their own re-election". Sin embargo, Kalecki en absoluto menciona el aspecto electoral en su teoría, tal como se comprueba en una de las citas de su trabajo presentada anteriormente y que, sorprendentemente, el propio Sawyer (1985) también reproduce, en la que el economista polaco afirma que ni siquiera es condición necesaria la presión popular para que el Gobierno siga una política expansiva.

Al hilo de lo que acabamos de señalar, cabe reflexionar si el enfoque marxista podría enriquecerse aceptando la posibilidad de que las consideraciones electorales, así como las partidistas, lleguen a condicionar la política económica favorable al capital. No en vano, en las sociedades democráticas los Gobiernos deben ganar las elecciones para seguir en el poder. En particular, si los intereses del capital requieren una política económica restrictiva con el fin de aumentar el tamaño del ejército de reserva, pero el Gobierno debe afrontar próximamente unas elecciones, en las que una elevada tasa de desempleo perjudica notablemente sus expectativas de voto, podría suceder que el ejecutivo optase por aplazar el endurecimiento de su política económica para asegurarse la reelección. Surgiría, de esta

manera, una restricción electoral a la política económica orientada en función de las necesidades del capital. Tal como lo plantean Boddy y Crotty (1975), el caso de la administración Nixon en Estados Unidos, que tuvo que abandonar en 1970 la política restrictiva favorable a los intereses de los capitalistas, entre otras cosas, porque de continuar con ella hubiese afrontado las elecciones de 1972 con una tasa de desempleo peligrosamente elevada, constituye un ejemplo destacado de lo que acabamos de decir. En cuanto a las afinidades y lealtades partidistas, el enfoque marxista tampoco debería despreciar sin más el hecho de que una parte importante de la población guarda una fidelidad incondicional a un determinado partido, lo que es probable que afecte a las decisiones adoptadas por éste cuando llegue al poder.

Evidentemente, estas últimas reflexiones nos sitúan de lleno en el debate acerca del grado efectivo de independencia respecto a los poderes económicos del que gozan los Gobiernos democráticos. De hecho, algunos autores heterodoxos reconocen que los agentes políticos gozan de una cierta autonomía e incluso tienden puentes con el enfoque neoclásico. Así, Mattick (1969, p. 143) no duda en emplear un argumento propio de la teoría de la burocracia cuando, al justificar por qué considera improbable que se produzca una reducción sensible del tamaño del aparato estatal en las economías capitalistas, afirma que "... los intereses implicados en el "sector público" no abdicarían por su propia voluntad, sino que usarían su poder institucional para perpetuarse". Es más, Barceló (1998, p. 37) sostiene que el análisis de los ciclos económicos de origen político y de la interacción entre economía y política "... redujo la distancia entre los enfoques liberal y radical".

El análisis de la interdependencia político-económica y las políticas neoliberales.

Una cuestión muy interesante es la relación que se puede establecer entre los enfoques marxista y neoclásico de la interdependencia político-económica y las políticas neoliberales triunfantes en las últimas décadas. Estas prácticas se enmarcan dentro del movimiento,

denominado por Sawyer (1989) Nueva Derecha – “New Right” – y por Torres López (1995) “respuesta conservadora”, que dentro de la Economía ortodoxa o convencional se ha opuesto al intervencionismo estatal, bajo el argumento de que el sistema capitalista funciona correctamente si se deja actuar sin cortapisas a la iniciativa privada. De ahí que, recogiendo el testigo de los defensores del presupuesto equilibrado de la época de Kalecki, se defienda la aplicación de recetas ortodoxas en materia de política económica en un intento de recuperar el concepto de Estado liberal *mínimo* clásico⁵.

En nuestra opinión, el énfasis puesto por el enfoque marxista, particularizado en las aportaciones de Kalecki y Boddy y Crotty, en la dimensión sociopolítica del conflicto de clases aporta ofrece una explicación plausible y alternativa de algunos de los aspectos que caracterizan las políticas neoliberales dominantes en las últimas décadas. En particular, consideramos que tras dichas prácticas subyace la oposición capitalista al pleno empleo denunciada por Kalecki.

En este sentido, Feiwel (1974), para quien la enconada resistencia a la doctrina del pleno empleo encubre el miedo de los capitalistas a que el efecto último de las políticas sea la redistribución de la renta, advierte un interesante cambio de estrategia por parte de los capitalistas a la hora de disciplinar a los trabajadores. Como los elevados niveles de empleo alcanzados durante la posguerra mermaron la efectividad del miedo al desempleo como mecanismo de control, su lugar fue ocupado por el miedo a la inflación, respaldado desde el punto de vista teórico por el compromiso inflación-desempleo recogido en la curva de Phillips. De este modo, se abrió la puerta a la generalización de políticas económicas restrictivas. Sin embargo, a partir de la crisis económica de los años setenta, la amenaza del

⁵ Aunque el objetivo declarado del movimiento neoliberal es disminuir la presencia del Estado en la vida económica, no hay que olvidar que muchos Gobiernos neoconservadores, lejos de acabar con el activismo estatal, han intervenido en favor del capital incrementando el gasto militar, centrando las privatizaciones en las empresas rentables, realizando reformas impositivas regresivas, apoyando directamente a la empresa privada por medio de subvenciones o exenciones fiscales, etc. En definitiva, “... rather than ‘rolling back the State’, this can be seen as a shift towards the State giving greater support to capital than under the previous post-war regimes which could be included under the heading of the Keynesian/social democrat consensus” (Sawyer, 1989, p. 315). Es decir, el pretendido ataque a la ineficiencia estatal esconde el verdadero objetivo del movimiento neoliberal: servir al capital.

desempleo parece haber recobrado su eficacia a la hora de disciplinar a los trabajadores, aunque conviviendo con la aplicación de recetas ortodoxas en materia de política económica al haberse inculcado a los individuos el miedo, o cuando menos el rechazo, a la inflación. En este sentido, el escenario que preside las últimas décadas, caracterizado por una fuerte hostilidad hacia las actuaciones estatales que pretendan estimular el empleo y la redistribución de la renta y por la preponderancia de políticas ortodoxas antiinflacionistas, sigue ajustándose en gran medida a las previsiones de Kalecki.

Por el contrario, consideramos que la intención del enfoque neoclásico, con la excepción de la propuesta original de Hibbs⁶, es proporcionar nuevos argumentos teóricos con los que justificar las políticas neoliberales. Quienes simpatizan con las ideas de la Teoría de la Elección Pública, consideran que el análisis de la interdependencia político-económica por ellas auspiciado, a pesar de que acaba sacando a la luz los denominados fallos del Estado, particularmente los que tienen su origen en la conducta egoísta de los agentes participantes en el juego político, no viene alimentado por una oposición intransigente a la intervención pública, sino que únicamente pretende realizar un análisis científico e imparcial de las cuestiones de política económica. Sin embargo, en nuestra opinión, la Teoría de la Elección Pública está íntimamente ligada al movimiento neoliberal de las últimas décadas⁷. No en vano, esta corriente adquiere notoriedad en la misma época que los movimientos opositores al intervencionismo estatal y comparte con ellos su hostilidad hacia los planteamientos keynesianos y la denuncia de los efectos nocivos

⁶ De hecho, Hibbs señala en su trabajo cómo las encuestas de opinión echan por tierra el argumento esgrimido por los defensores de las políticas antiinflacionistas, que sostiene que los individuos tienen un miedo irracional a la inflación al equipararla con un impuesto. Hibbs afirma que, en la práctica, la gente parece más preocupada por el desempleo y, además, al igual que Boddy y Crotty, cita diversos estudios empíricos que demuestran que la inflación no perjudica a la clase obrera e incluso suele generar efectos progresivos.

⁷ En este punto coincidimos con Sawyer (1989) y Torres López (1995), quienes incluyen la Teoría de la Elección Pública dentro de lo que denominan, tal como hemos señalado, Nueva Derecha y respuesta conservadora, respectivamente. Asimismo, Guerrero (1997) considera que la Teoría de la Elección Pública es una de las corrientes que integran lo que él denomina "nueva Macroeconomía Clásica" o "Macroeconomía neoclásica pura", denominación común bajo la que engloba a las distintas escuelas macroeconómicas que se pueden incluir en la respuesta conservadora.

generados por la política económica discrecional, acompañada de una preferencia declarada por el establecimiento de reglas de política económica. Además, también existe coincidencia en la importancia atribuida a los fundamentos microeconómicos de los hechos agregados que tratan de explicar, lo que parece más adecuado como forma de defender los planteamientos favorables al libre mercado que el método empleado por los economistas clásicos, cuyo análisis agregado en términos de clases sociales abre la puerta a la consideración del carácter conflictivo de las relaciones de producción en el sistema capitalista.

Por ello, creemos que el análisis de la elección pública proporciona a la reacción conservadora nuevos argumentos contra el activismo estatal, que en manos de políticos preocupados por su supervivencia se convierte en fuente de graves distorsiones económicas. En definitiva, mientras que las escuelas surgidas en el seno de la Macroeconomía convencional, principalmente el Monetarismo y la Nueva Macroeconomía Clásica, atacan el intervencionismo estatal sin abandonar la visión benevolente del Estado, para lo que recurren a argumentos puramente económicos como la no efectividad de las políticas de estabilización, la Teoría de la Elección Pública proporciona una nueva estrategia metodológica al movimiento neoliberal que consiste en cuestionar directamente el comportamiento de los responsables de gestionar la política económica. En este sentido, resulta muy revelador que, tal como hemos señalado en su momento, a la par que los modelos racionales de ciclos económicos de origen políticos haya surgido una literatura que analiza el comportamiento estabilizador de la que quizás sea la institución más emblemática del ideario neoliberal: el Banco Central independiente.

Conclusiones y matizaciones.

En este trabajo hemos realizado un breve análisis comparado de dos enfoques antagónicos de la interdependencia político-económica, que hemos denominado marxista y neoclásico.

Aunque ambos coinciden en la necesidad de estudiar el entramado institucional en el que se gesta la política económica, sus intenciones son diametralmente opuestas: el segundo escudriña la esfera política en busca de fallos del Estado con los que reforzar su defensa del libre juego de las fuerzas del mercado, objetivo que va en contra, nos atreveríamos a decir, de la propia razón de ser de cualquier análisis heterodoxo. En nuestra opinión, la perspectiva del enfoque marxista, según la cual la intervención estatal en la economía no se puede entender ni explicar sin tener en cuenta la subordinación de los poderes públicos a las necesidades de reproducción del capital, constituye una forma más adecuada de aproximarse a la relación entre lo económico y lo político. En particular, la tesis del ciclo económico de origen político de Kalecki no sólo constituye un referente teórico de enorme valor dentro del enfoque marxista sino que, además, ayuda a desentrañar la verdadera razón de ser de las políticas neoliberales de las últimas décadas. De todas maneras, el enfoque marxista podría completarse introduciendo aspectos, como los comportamientos oportunistas y/o partidistas, que constituyen el fundamento de los modelos neoclásicos de ciclos económicos de origen político.

Para terminar, sólo nos resta matizar un par de aspectos. Aunque hemos hecho bastante referencia al debate entre partidarios y detractores de la intervención activa en la economía, en ningún caso lo utilizamos como línea de demarcación entre ortodoxia y heterodoxia. De esta manera, pretendemos no incurrir en lo que Barceló (1992, p. 90) considera una frecuente mala orientación de la crítica a la teoría económica convencional, cuando afirma que “... las reacciones de muchos economistas progresistas, al dar por bueno el mensaje teórico estándar y limitarse a plantear batallas periféricas, han errado el objetivo (tanto en el plano científico como en el político)”. En particular, Barceló no está de acuerdo con que a la hora de clasificar las distintas teorías se haya “... centrado el debate en el plano de las preferencias políticas, en especial en el grado de intervencionismo estatal propugnado”. Las corrientes económicas que respaldan las tesis socialdemócratas y

neoliberales proponen fórmulas enfrentadas de articulación del Estado liberal, pero sin cuestionarse la existencia del mismo y, mucho menos, del modo de producción capitalista. Esta postura contrasta con la actitud crítica con el sistema que mantienen los enfoques heterodoxos, más proclives a aceptar muchos de los rasgos propios del socialismo.

No obstante, dentro de la heterodoxia también existen posiciones enfrentadas respecto a la intervención estatal. Según la doctrina del pleno empleo de Kalecki, el gasto público puede complementar al privado para alcanzar un nivel de demanda efectiva que garantice la plena ocupación duradera, aunque su visión reduccionista del Estado en las sociedades capitalistas le lleva a enfatizar los obstáculos sociopolíticos a los que se enfrenta dicha doctrina. La intervención estatal, por tanto, sería imprescindible para asegurar la viabilidad del sistema capitalista. Por el contrario, las corrientes de inspiración marxista no admiten de ninguna manera que la intervención estatal pueda resolver las tensiones y contradicciones internas que acabarán propiciando el desplome del sistema capitalista⁸.

4. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.

ALBARRACÍN, JESÚS (1991), *La economía de mercado*, Madrid, Editorial Trotta.

ALESINA, ALBERTO (1987), "Macroeconomic policy in a two-party system as a repeated game", *Quarterly Journal of Economics*, vol. 102, August, pp. 651 - 678.

ALESINA, ALBERTO (1988), "Credibility and Policy Convergence in a Two-Party System with Rational Voters", *American Economic Review*, vol. 78, nº 4, September, pp. 796 - 805.

⁸ Foley (1986) sintetiza perfectamente los recelos de los teóricos marxistas hacia el intervencionismo activo cuando valora la teoría del ciclo económico de origen político de Kalecki, que a su juicio constituye "la forma más reciente de la teoría de la crisis basada en el bajo consumo". En concreto, la aportación de Kalecki "..., nos obliga a considerar muy cuidadosamente por qué el Estado tiene el poder de determinar la demanda global y cuáles son exactamente los mecanismos que le permiten vencer los movimientos espontáneos de las decisiones determinadas por el mercado. También sugiere que, si los trabajadores lograsen un firme manejo de las políticas del Estado, podrían eliminar las crisis capitalistas sin prescindir del capitalismo en sí. Sospecho que Marx no estaría de acuerdo con esta conclusión" (Foley, 1986, p. 156).

- ALESINA, ALBERTO y ROSENTHAL, HOWARD (1995), *Partisan Politics, Divided Government, and the Economy*, Cambridge (UK), New York y Melbourne, Cambridge University Press.
- ARROW, KENNETH J. (1951), *Social Choice and Individual Values*, New York, Wiley. Segunda edición: Arrow, Kenneth J. (1963), *Social Choice and Individual Values, second edition*, New York, Wiley.
- BARCELÓ, ALFONS (1992), *Filosofía de la economía. Leyes, teorías y modelos*, Barcelona, Editorial Icaria y Editorial Fuhem.
- BARCELÓ, ALFONS (1998), *Economía Política Radical*, Madrid, Editorial Síntesis.
- BLACK, DUNCAN (1958), *The Theory of Committees and Elections*, London, Cambridge University Press.
- BODDY, RAFORD y CROTTY, JAMES (1975), "Class Conflict and Macro-Policy: The Political Business Cycle", *Review of Radical Political Economics*, 7, Spring, pp. 1 - 19.
- BUCHANAN, JAMES M. y TULLOCK, GORDON (1962), *The calculus of consent. Logical foundations of constitutional democracy*, Ann Arbor, The University of Michigan Press.
- BUCHANAN, JAMES M. y WAGNER, RICHARD E. (1977), *Déficit del Sector Público y Democracia. El legado político de Lord Keynes*, Madrid, Ediciones Rialp, 1983.
- CUADRADO ROURA, JUÁN R. (coord.) (1995), *Introducción a la Política Económica*, Madrid, McGraw-Hill.
- DOWNS, ANTHONY (1957a), *Teoría Económica de la Democracia*, Madrid, Editorial Aguilar, 1973.
- DOWNS, ANTHONY (1957b), "Teoría Económica de la Acción Política en una Democracia", *Revista Española de Economía*, vol. 8, nº 2, Mayo - Diciembre 1978, pp. 403 - 427. Original: "An economic theory of political action in a democracy", *Journal of Political Economy*, vol. 65, nº 2, April, pp. 135 - 150.
- ENGELS, FRIEDRICH (1884), *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, Madrid, Editorial Ayuso, 1975.
- ESTEVE SERRANO, TOMÁS A. (1978), "Un análisis económico de las elecciones colectivas y de la democracia: Introducción", *Revista Española de Economía*, vol. 8, nº 2, Mayo - Diciembre, pp. 245 - 270.

- FEIWEL, GEORGE R. (1974), "Reflection on Kalecki's theory of political business cycle", *Kyklos*, vol. 27, pp. 21 - 48.
- FOLEY, DUNCAN K. (1986), *Para entender El Capital. La teoría económica de Marx*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989.
- FREY, BRUNO S. y LAU, LAWRENCE J. (1968), "Towards a Mathematical Model of Government Behaviour", *Zeitschrift für Nationalökonomie*, vol. 28, pp. 355 - 380.
- FREY, BRUNO S. y SCHNEIDER, FRIEDRICH (1978a), "A Politico-Economic Model of the United Kingdom", *The Economic Journal*, vol. 88, June, pp. 243 - 253.
- FREY, BRUNO S. y SCHNEIDER, FRIEDRICH (1978b), "An Empirical Study of Politico-Economic Interaction in the United States", *Review of Economics and Statistics*, vol. 60, nº 2, pp. 174 - 183, en Frey, Bruno S. (ed.), *Political Business Cycles*, Cheltenham (UK) y Lyme (USA), Edward Elgar Publishing, 1997, pp. 319 - 328.
- GILL, LOUIS (1996), *Fundamentos y límites del capitalismo*, Madrid, Editorial Trotta, 2002.
- GLOMBOWSKI, JÖRG (1987), "Interaction of an economic and a political cycle", en Flaschel, Peter y Krüger, Michael (eds.), *Recent approaches to Economic Dynamics*, Conference Volume (Bielefeld: 7 - 9 Octubre 1987), Frankfurt am Main, Bern, New York y Paris, Verlag Peter Lang, 1988, pp. 100 - 116.
- GUERRERO, DIEGO (1997), *Historia del Pensamiento Económico Heterodoxo*, Madrid, Editorial Trotta.
- HIBBS, DOUGLAS A., Jr. (1977), "Political Parties and Macroeconomic Policy", *American Political Science Review*, vol. 71, nº 4, pp. 1467 - 1487, en Frey, Bruno S. (ed.), *Political Business Cycles*, Cheltenham (UK) y Lyme (USA), Edward Elgar Publishing, 1997, pp. 257 - 277.
- HICKS, JOHN (1937), "Mr Keynes and the Classics: A Suggested Interpretation", *Econometrica*, 5, en Hicks, John (1986), *Dinero, interés y salarios*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989, pp. 101 - 114.
- HOTELLING, HAROLD (1929), "Stability in Competition", *The Economic Journal*, vol. 39, March, pp. 41 - 57, en Rowley, Charles K. (ed.), *Public Choice*, vol. I, Cheltenham (UK) y Lyme (USA), Edward Elgar Publishing, 1997, pp. 3 - 19.

- KALECKI, MICHAL (1943), "Political aspects of full employment", *Political Quarterly*, vol. 14, pp. 322 - 331, en Frey, Bruno S. (ed.), *Political Business Cycles*, Cheltenham (UK) y Lyme (USA), Edward Elgar Publishing, 1997, pp. 119 - 128.
- KALECKI, MICHAL (1971), *Selected essays on the dynamics of the capitalist economy*, Cambridge (UK), Cambridge University Press.
- KEYNES, JOHN MAYNARD (1936), *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, México, Fondo de Cultura Económica, 1965.
- KIEFER, DAVID (2000), "Activist Macroeconomic Policy, Election Effects and the Formation of Expectations: Evidence from OECD Economies", *Economics and Politics*, vol. 12, nº 2, July, pp. 137 - 154.
- LOHMANN, SUSANNE (1998), "Rationalizing the political business cycle: a workhorse model", *Economics and Politics*, vol. 10, nº 1, March, pp. 1 - 17.
- MACRAE, C. DUNCAN (1977), "A Political Model of the Business Cycle", *Journal of Political Economy*, vol. 85, nº 2, pp. 239 - 263.
- MADDISON, ANGUS (1991), *Historia del desarrollo capitalista. Sus fuerzas dinámicas. Una visión comparada a largo plazo*, Barcelona, Editorial Ariel, 1998.
- MANCHA NAVARRO, TOMÁS (1993), *Economía y votos en España*, Madrid, Instituto de Estudios Económicos.
- MATTICK, PAUL (1969), *Marx y Keynes. Los límites de la economía mixta*, México, Ediciones Era S. A., 1975.
- MUELLER, DENNIS C. (1976), "Public Choice: A Survey", *Journal of Economic Literature*, vol. 14, June, pp. 395 - 433, en Rowley, Charles K. (ed.), *Public Choice*, vol. III, Cheltenham (UK) y Lyme (USA), Edward Elgar Publishing, 1997, pp. 495 - 533.
- NORDHAUS, WILLIAM D. (1975), "The Political Business Cycle", *Review of Economic Studies*, 42, April, pp. 169 - 90, en Frey, Bruno S. (ed.), *Political Business Cycles*, Cheltenham (UK) y Lyme (USA), Edward Elgar Publishing, 1997, pp. 232 - 253.
- PERSSON, TORSTEN y TABELLINI, GUIDO (1990), *Macroeconomic Policy, Credibility, and Politics*, Chur, Harwood Academic Publishers.

- RIKER WILSON, WILLIAM E. (1976), "La política de la economía", *Revista Española de Economía*, vol. 8, nº 2, Mayo - Diciembre 1978, pp. 293 - 306. Original: "The politics of economies", en Blattberg, Robert C. y Geneen, Harold S. (eds.), *The economy in transition*, New York, New York University Press, 1976.
- ROGOFF, KENNETH (1990), "Equilibrium Political Budget Cycles", *American Economic Review*, vol. 80, nº 1, March, pp. 21 - 36.
- ROGOFF, KENNETH y SIBERT, ANNE (1988), "Elections and Macroeconomic Policy Cycles", *Review of Economic Studies*, 55, pp. 1 - 16.
- SACHS, JEFFREY D. y LARRAÍN, FELIPE (1993), *Macroeconomía en la economía global*, 1ª edición, México, Prentice Hall Hispanoamericana, 1994.
- SAWYER, MALCOLM C. (1985), *The Economics of Michal Kakecki*, London, Macmillan Publishers Ltd.
- SAWYER, MALCOLM C. (1989), *The Challenge of Radical Political Economy. An Introduction to the Alternatives to Neo-Classical Economics*, Savage, Barnes and Noble Books.
- SCHNEIDER, FRIEDRICH y FREY, BRUNO S. (1988), "Politico-Economic Models of Macroeconomic Policy: A Review of the Empirical Evidence", en Willett, Thomas D. (ed.), *Political Business Cycles. The Political Economy of Money, Inflation and Unemployment*, Chapter 9, Durham y London, Duke University Press, pp. 239 - 275, en Frey, Bruno S. (ed.), *Political Business Cycles*, Cheltenham (UK) y Lyme (USA), Edward Elgar Publishing, 1997, pp. 3 - 39.
- TINBERGEN, JAN (1952), *On the Theory of Economic Policy*, Amsterdam, North Holland.
- TORRES LÓPEZ, JUÁN (1995), *Economía Política*, 2ª edición, Madrid, Editorial Civitas, Biblioteca Civitas Economía y Empresa, Colección Economía.
- WALLER, CHRISTOPHER J. (1989), "Monetary Policy Games and Central Bank Politics", *Journal of Money, Credit and Banking*, vol. 21, nº 4, pp. 422 - 431.